

“Presencia africana en Sudamérica”

Nersa Caballero Veloso (Cuba)



La historia de América Latina está plagada de muchos silencios cómplices y, más que eso, de una franca amnesia en cuanto al etno africano se refiere. El recién publicado libro *Presencia africana en Sudamérica* (Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1995), constituye un importante hito para el conocimiento y profundización de la identidad de esos países, donde hasta hace poco solo se reconocía la participación de las culturas amerindias y europeas.

El negro y sus descendientes existieron, existen y existirán a lo largo de este accidentado devenir de la formación de los pueblos sudamericanos, de ineludible vocación mestiza. Es una afirmación presente en cada uno de los enjundiosos estudios que bajo la coordinación de Luz María Martínez Montiel abordan desde diferentes ángulos este problema en Colombia, Venezuela, Perú, Brasil, Uruguay, Paraguay y Argentina.

En el prólogo se explica que, desafortunadamente, no se pudo contactar con los especialistas de Chile, Bolivia y Ecuador, por lo que solo se presentan escuetas referencias monográficas de estos, pero el valor del libro no queda disminuido por tales motivos.

Es la primera vez que se logra un esfuerzo conjunto para abordar el tan ignorado tema negro en América del Sur, con un rigor académico loable permitiendo, a su vez, un acercamiento a los conflictos

representados en la formación de estas naciones marcadas de manera definitiva por los valores culturales, históricos, sociales y económicos de los descendientes de africanos.

El doloroso y cruento pasado reciente de esclavitud —apenas ha pasado un siglo de esta ignominia— es el eje obligado de los análisis en la búsqueda de evaluar cuál es el significado que tiene para Nuestra América la fuerza de trabajo masiva de aproximadamente veinte millones de africanos, cifra que "resulta enorme en la configuración social, racial y cultural de nuestro continente", según explica Edgar Montiel al exponer la situación del negro en Perú bajo el acápito "De la conquista a la identidad nacional".

El mismo autor define:

"De modo que no hay una mera 'influencia' de África en América, sino que constituye un componente relevante de la identidad nacional y americana. La presencia de la raza negra en la 'composición genética' —para hablar en términos de Gonzalo Aguirre Beltrán— del hombre americano es innegable, otro problema es que no hayamos tomado conciencia de ello, lo que es síntoma de un yo colectivo dominado, avergonzado de sus raíces, por una ilusa limpieza de sangre."

Como dos caras de una misma moneda, cuando se habla de esclavitud en América Latina también es necesario referirse al palenque, quilombo y a todo lo que se conceptualiza como "cultura del cimarronaje", en el entendido de que el esclavo fugitivo logra establecer un espacio individual y colectivo para la expresión de su libertad creando simultáneamente nuevos patrones culturales, copiados de su anterior vida en el medio africano pero sometidos —por las

nuevas y variables circunstancias— a mutaciones y transformaciones.

Recién se comienza a desbrozar este camino de la historia del cimarrón en nuestro continente, ignorado totalmente por la historia oficial que también silenció y pretendió borrar las importantes hazañas llevadas a cabo por los negros durante las guerras de independencia, durante las cuales se impuso (con aceptación consciente o no) de un nuevo modo de vida, en el cual prevalecía la valiosísima experiencia acumulada por estos grupos en las condiciones hostiles de la selva u otros lugares agrestes.

Al respecto Luz María Martínez Montiel expone en el capítulo titulado "Nuestros padres negros. Las rebeliones esclavas en América" que "en la lucha contra el ambiente y escapando de la opresión del blanco, conquistan a costa de grandes sufrimientos el derecho de poner en práctica su creatividad, capacidad de adaptación y experiencia colectiva, recurriendo a su tradición ancestral y creando nuevas formas de cultura a las que se les puede llamar, con toda propiedad, culturas o sociedades cimarronas."

Tema polémico, pues algunos estudiosos estiman que las propias condiciones irregulares de vida del cimarrón, unido a su heterogeneidad cultural, y sin identidad común, no pudieron generar nuevos patrones de conducta culturales.

El capítulo denominado "Afrovenezuela: una visión desde adentro", de Jesús Chucho García dice lo siguiente:

"La experiencia africana en Venezuela la enmarcamos dentro de un mecanismo de cultura de resistencia, caracterizada por el redescubrimiento y reapropiación de una especificidad cultural

abonada por la etnicidad afrosahariana en la época colonial, sumando a ello el rico proceso extraordinariamente creativo que fue traspasando las barreras de la esclavitud, la discriminación y los prejuicios."

Ciertamente, la identificación de nuevos patrones culturales imperantes en las sociedades latinoamericanas, hasta ahora desconocidos o más bien ignorados, puede conllevar a asumir diferentes enfoques en cuanto a los fenómenos políticos y sociales que transcurren en este continente, cuyas circunstancias históricas tan disímiles y complejas han estado determinadas por unos de los mayores procesos de mestizaje de la Humanidad.

En el sustratum de nuestras sociedades americanas se encuentra el negro. Ayer en condición de esclavo del colonialismo, hoy como siervo de un sistema capitalista periférico que aun impide su acceso a las riquezas que desde hace más de cinco siglos crea para los grupos en el poder, identificados en la mayoría de los casos con la "raza blanca". Más que aforismos raciales, esto encierra la crueldad de una discriminación económica, llevada a su mayor complejidad cuando para garantizar el *status quo* de los asalariados pretenden prolongar, mediante una política de deculturación, que se reconozcan como elemento vital de esta nuestra americanidad.

La lacerante realidad contemporánea que sitúa al negro en una posición de absoluta desventaja es el mayor reto para que libros como *Presencia africana en Sudamérica* no sean relegados al olvido, en tanto que estudios teóricos de una situación dada. Tomarlo como arma de análisis y reflexión, ya precedido por otro tan importante como *África en América*, cuya publicación fue coordinada por Moreno Fragi-

nals, implica también una toma de conciencia que debe desembocar en una acción permanente por preservar nuestra identidad.

Ya en las postrimerías del siglo xx no existen más justificaciones para ignorar lo que ha significado para los pueblos americanos, y muy especialmente los latinoamericanos, la presencia del negro, cada vez menos africano y más americano, proyectado hacia nuevos modelos sociales resultado de la tan sabia transculturación. Aun se discute desgraciadamente cuánto de africano tiene tal costumbre o tal rasgo cuando lo necesario es, más que valorizar, conocer en profundidad las raíces que nos dieron origen, concediéndoles el valor cabal que requieren, sin subestimación o valoraciones que tengan como eje patrones tan nocivos y destructivos como el eurocéntrico.

Somos hijos de las altas civilizaciones africanas prevalecientes en esa región cuando se inició el vergonzante período de la trata esclavista. Sin discusión y con urgencia se necesita conocer estos patrones culturales muy distantes de aquellos aceptados comúnmente y que tienen como identidad prima-

ria la civilización greco-latina.

Si urge, igualmente, profundizar en el legado amerindio cuando Abyla Ayala era tal vez el paraíso terrenal incesantemente buscado por la Europa Medieval, más impostergable resulta en el momento actual reconocer que América es una conjunción, una fusión de disímiles pueblos y culturas que con su savia regaron este tronco común e inédito de una nueva realidad vivencial.

América dejaría de existir sin el negro, como dejaría de ser sin el amerindio o los descendientes europeos, sin olvidar las importantes aportaciones asiáticas.

Un aspecto candente es si existe una Afroamérica, es decir, una América africana o negra. Sin olvidar las valiosísimas particularidades aportadas por los africanos y sus descendientes. Es obvio que no existe una Euroamérica o una América Amerindia. Ya cada una de estas raíces constituyentes de la identidad americana dejaron, en términos de las ciencias sociales, de ser cada una de ellas una especificidad para transculturarse en una nueva realidad, imposible de segmentar, pues esto en sí mismo

distorsionaría la realidad.

Cuánto de africano, o europeo, o amerindio, o asiático tenemos cada uno, imposible resultaría diseccionar al viviente y fortísimo ser de la americanidad para analizar cuánto de una cultura u de otra llevamos y hemos incorporado a nuestra forma de vida. En primer lugar, porque es muy difícil hallar alguna de estas huellas en estado puro. Han sido más de cinco siglos de simbiosis, sincretismos y transculturación.

América es una sola, definida en su multietnicidad y pluriculturalidad, como uno de los más potentes embriones del mestizaje de esa gran e irreductible raza que es la Humana.

Definitivamente, lo africano forma parte de esta vocación histórica americana y sus influencias, en pie de igualdad con las otras provenientes de Europa, Asia o la amerindia, conformando esta nuestra identidad americana.

Para parodiar una frase de Montiel que dice "de eso se trata, liberar al negro que todos llevamos dentro", se precisa entonces desdibujar a ese blanco que nos han tratado de imponer por fuera.

